

CAPITULO XX.

UNA NUEVA EXISTENCIA.

Marcelino había dicho bien. Aquel día fué de una licidez completa; el día en que la convalecencia se inició más firmemente.

Cuando llegó la noche, después de la cena, el señor Martín le hizo venir a su despacho. Terminaba el comerciante las labores de ese día, tratando aun con unos anti-quisimos clientes de la casa, sobre negocios que acababan de cerrar. Así que se hubieron despedido los marchantes, hizo que el jóven tomara asiento cerca de él y le habló en estos términos:

Voy a principiar por reconvenirme amistosamente.

Ante todo, no pienses en huír, en sucumbir sin luchar, desertando de la vida, como por un acto de tu trastornado cerebro intentaste hacerlo en la travesía del «Monterrey.»

No, Marcelino; el que rehuye al combate no puede ser un valiente y yo no te quiero a tí cobarde. El acto de privarse de la vida revela un valor en el hombre, que no es sino falso, contradictorio; en mi concepto denota precisamente la falta de valor para seguir sufriendo resignado. Es querer remediar un mal con otro mayor. El suicida queda, además, en el concepto mundano

de tonto y de torpe. Ahora, tú has sido educado en la creencia católica por tus padres, lo mismo que yo, ¿crees acaso que el suicida pone fin en realidad a sus sufrimientos? ¿No será lo más probable que continúen iguales o peores en la otra vida, según el sentir de todas las religiones?

Pues bien; dejemos ésto como cosa olvidada. Voy a hablarte de la ayuda moral que pienso impartirte ¿entiendes? la «ayuda moral» que tanto necesitas para salir avante de tu deplorable estado de espíritu.

El objeto de haberte hecho venir de Tampico no ha sido otro que el de ponerte al frente de mi casa cuyos negocios entiendo que ya es tiempo que yo abandone. Hasta después supe tu desgracia, cuando ya te había llamado. Tengo, como sabes, sesenta años de trabajar y ya mis piernas y mis brazos protestan, por medio de las várices y la gota que me amenaza. Quiero pues que tú, ya que no existe tu padre, que fué mi mejor amigo en la tierra, te encargues de relevarme en mi puesto y sigas moviendo esta pequeña casa, que tanto quiero porque ella representa para mí la suprema aspiración de mi vida, la condensación de todos mis afanes y el fruto de veinticinco años de labor diaria.

Con unos pocos días de observación podrás entrar de lleno en tus nuevas obligaciones, bien sencillas por lo demás, para gente que como tú es de la estirpe de los buenos soldados del quehacer.

Supongo que hasta aquí no ves tú por ningún lado el consuelo que te he ofrecido a tus grandes dolores y que ha de ser lo que más te preocupa en el momento. Pues ahí le tienes; precisamente es ese: el trabajo.

Para tí es muy sabido por tu personal experiencia que el trabajo es una verdadera bendición del cielo y no una maldición de Dios como quieren ciertos hombres. Sabes bien que aleja del vicio, dá tranquilidad al alma, salud al cuerpo, arraiga la costumbre de la vida metódica y ordenada, hace cumplir fácilmente los deberes de familia, de amistad, de ciudadano. Aun en el carácter de cada individuo yo he observado en mi larga carrera de tendero, que los que más trabajan son los hombres que están más contentos, más de buen humor; vamos ¡más felices!

¡Ojalá y ésto lo entendieran así, tantos de esos que inventan y propagan cada doctrina, que Dios toca a Juicio!

Esos que tienen valor para atentar contra la vida de un rey, y no lo tienen para atentar contra la holgazanería y la pereza.

Yo, lo mismo que tú, descendemos de una raza que se ufana de ser esclava del trabajo; de haber dado una generación de hombres que no roban, no piden, no molestan al prójimo, sino por el contrario le sirven en todo momento de la vida y contribuyen modestamente al bienestar de todos.

Quiero trasmitirte el legado de mis padres, rogándote que tú lo trasmitas a su tiem-

po a quien sea digno de él. Y levantándose luego exclamó:

Marcelino, ven, dame un abrazo. Desde hoy ha nacido un hijo en mi familia: ese hijo eres tú. Ven mañana y posesiónate de estos viejos cachivaches donde yo he hecho algún dinero. Todo es tuyo desde ahora.

Te repito que lo que más debes agradecerme no son los bienes materiales es el bálsamo que con el nombre de trabajo continuo voy a echar en tu herida y el cual estoy cierto, absolutamente cierto, que la cerrará pronto, quitando el dolor un poco, però desde luego. Tenle fé a mi medicina, pensando que quizá te la dé ya con experiencia propia.

CONCLUSION.

El tiempo ha seguido su raudo vuelo. Los años han pasado.

Carlos y Gabriela contrajeron al fin matrimonio, un año después de la dolorosa desaparición de Elvira, a cuyo sepulcro van todos los años a llevarle ofrendas de flores y de cariñoso recuerdo.

Han tenido ya una graciosa niñita a quien unánimemente convinieron en poner el nombre de Elvira en memoria de la infortunada amiga muerta.

El acaudalado señor X, contrajo segundas nupcias y vive en Londres.

Por lo que hace a Marcelino, es ahora el socio principal de la firma A. Martín & Cía.

Sucesores de la Habana y está absolutamente convencido de la exactitud del consejo que le diera el señor Martín, para curar la honda herida que la fatalidad abrió un día en su pecho, porque gracias al trabajo asiduo a que se entregaba desde que está al frente de la casa puede pasar mucho tiempo sin verter lágrimas por el pasado, debido a que las continuas ocupaciones le impiden mirar hacia él.

No ha dejado de pensar nunca en su Elvirá, ya no le martiriza, porque sabe que ella lo aguarda en aquella radiante estrella en la que él, cual los marinos, cifra toda su esperanza.

FIN.

† cuyo recuerdo

S